

ELEMENTOS ESTETICO-LITERARIOS EN LA RADIOGRAFIA DE LA PAMPA

Dinko Cvitanovic

Más de medio siglo después de la publicación de *Radiografía de la pampa*, la obra de Ezequiel Martínez Estrada sigue siendo motivo de controversia. Sus calas profundas en la realidad de nuestro país y de nuestro continente, su análisis metódico y sin concesiones, su nihilismo abarcador de la totalidad, han concitado alternativamente vehementes rechazos y adhesiones, notorios silencios o significativos homenajes¹. La *Radiografía* ha sido considerada como una "biblia del fracaso" y de la amargura², como

1 Su enunciación sería larga, repartida en libros (algunos de los cuales citamos en las notas que siguen), revistas e incluso diarios. En cuanto a los silencios, es de tener presente el que rodeó la aparición de la obra. Entre los homenajes, basta recordar el Premio Nacional y el Homenaje de la Sociedad Argentina de Escritores, tributado el 3 de diciembre de 1958.

2 Cf. Alberto ZUM FELDE, Indice crítico de la literatura hispanoamericana. México, Guaranía, 1954.

una suerte de apología de la Nada³, como obra de evasión⁴, como una seria incitación al "examen de conciencia de todos los argentinos⁵, como una reflexión sobre "la ineludible influencia de la tierra"⁶, como una expresión de la identificación psicológica del autor con su país o como una severa llamada de atención acerca del pasado y del presente de los argentinos⁷. Pero, más allá de un eventual catálogo completo - aunque, en todo caso, sintético- de las caracterizaciones de esta obra de Martínez Estrada por parte de sus críticos, queremos detenernos por un momento en algunos de sus aspectos estético-literarios. Dichos aspectos no constituyen por cierto una entidad aparte de los agudos y polémicos contenidos que conciernen a una determinada visión del país, pero acaso permitan ilustrar su más adecuada comprensión desde otra perspectiva. Al formularlos, obligadamente de manera parcial por el escaso tiempo de que disponemos, deseamos puntualizar que tenemos en cuenta los siguientes presupuestos:

1. Martínez Estrada es autor de obra ensayística, de ficción, poética y aun dramática, pero sus ensayos posteriores a 1933 son en muchos casos extensos suplementos y apéndices a las meditaciones presentes en la *Radiografía*, por lo cual esta obra es una expresión central de su pensamiento y en definitiva de su *estilo*.

2. Como en muchos otros de nuestros escritores

3 Idea expresada por E. GONZALEZ LANUZA, cit. por Martín S. Stabb, "Martínez Estrada frente a la crítica", Revista Iberoamericana, XXXII (1966), N° 61, págs. 77-84.

4 Cf. Juan José SEBRELLI, Martínez Estrada. Una rebelión inútil. Buenos Aires, Palestra, 1960.

5 Cf. Astur MORSELLA, Martínez Estrada, Buenos Aires, Plus Ultra. 1973.

6 Cf. Oscar BIETTI, Ezequiel Martínez Estrada, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas. 1978.

7 Peter G. EARLE, Prophet in the Wilderness. The works of Ezequiel Martínez Estrada, Austin, University of Texas Press, 1971.

(Lugones, Gálvez, Mallea, Borges, por citar sólo a unos pocos), la yuxtaposición de la ficción con la reflexión ensayística plantea en principio un doble problema: desde el ángulo de la creación literaria, el de las modalidades que asume en ésta la ingerencia del ensayo, ensayo que puede llegar a perjudicarla; por otro lado, desde el ángulo del ensayo — sea éste filosófico, etnológico, histórico, social — el problema del lugar que ocupan en él la ficción y la poesía y, por consiguiente, en qué medida este producto puede ser juzgado con criterio de verdad en cualquiera de sus campos específicos.

Si respetamos el criterio de que el ensayo en tanto género, además de su sistematicidad y coherencia interna, debe poseer cualidades que conciernen a una digna expresión literaria, es no sólo legítimo sino también necesario que lo abordemos desde las instancias de la tradición estética y de la libertad creadora que le son peculiares. Más comprometido ciertamente resultaría enfocarlo desde el ámbito de las verdades comprobadas y demostradas, toda vez que el tratadismo científico no es su obligada incumbencia y sí lo es, en cambio, su vocación divulgativa y su capacidad generadora.

La *Radiografía de la pampa* ha tenido y tiene sin duda esta capacidad generadora de disenso y consenso (este último, sin duda más difícil), de antagonismo y rebeldías, hasta hacer cargar al autor sobre sí el nada alentador mote de "energúmeno", como lo llegó a sostener alguno de los *parricidas* que enjuiciaron no sólo a Martínez Estrada sino a toda su generación⁸. Pero, en todo caso, será difícil negarle su poder de convocatoria para el reexamen nacional, estemos o no de acuerdo con sus postulados. Este poder radica en la fuerza hiriente de su aguijón, en el raciocinio despiadado y meticuloso, en el detallado derrumbe — tal vez autocatártico — de algunas de nuestras tradiciones más caras, pero también en la riqueza metafórica, en las sutilezas lingüísticas, en la mezcla de misterio, verdad y poesía, en la maestría

⁸ Véase sobre este punto Emir RODRIGUEZ MONEGAL, El juicio de los parricidas, Buenos Aires, Deucalión, 1956, cf. págs. 13-28.

de la prosa densa y compacta.

Internarse en la *Radiografía* equivale a penetrar en un mundo mágico donde la quimera, los sueños de grandeza y la belleza fatal de la tierra —que, según Martínez Estrada, atrapan al hombre desde la Conquista— ejercen un similar atractivo para el lector. Más allá de los claros resabios sarmientinos en la descripción de la pampa, la *Radiografía* nos presenta una llanura destructora de ilusiones, un espacio vacío en un mundo mágico que es la totalidad del continente⁹. Sobre este fondo, real y a la vez ficticio (o maravilloso, si se quiere...), va a discurrir la totalidad del ensayo, ya sea en lo que concierne a la discusión axiológica, ya sea en las numerosas observaciones de orden psicológico, etno-cultural o social: ya sea que el ámbito en que recalca Martínez Estrada sea el campo o la ciudad, puesto que incluso esta última —sin excluir Buenos Aires— no es más que la prolongación de la pampa¹⁰.

También desde un comienzo el escritor va delieando y luego desarrollando como en círculos concéntricos la idea de Trapalanda, que no sólo da su título a la primera de las seis secciones en que está dividida la obra, sino que la informa en su conjunto. Trapalanda es la tierra prometida, legendaria, que atrae al conquistador y al colonizador con sus augurios de oro y especias, de riqueza sin igual. Imperio de Jauja o "El dorado en la nueva nomenclatura", como dice el autor¹¹, Trapalanda es espejismo y engaño, minas ilusorias que corroen el alma, complemento y a la vez sinónimo de la diosa Fortuna¹², categoría de la pampa, del país y del continente entero y también el otro nombre

9 Ezequiel MARTINEZ ESTRADA. Radiografía de la pampa, Buenos Aires, Losada, 11a. edición, 1985. Todas las citas de la obra siguen esta edición. Cf. págs. 12-13.

10 Idem, cf. pág. 196, aunque la idea aparece reiterada en diversos pasajes.

11 Véase su Discurso en la S.A.D.E., en Para una revisión de las letras argentinas, Buenos Aires, Losada, 1967, pág. 164.

12 Radiografía, pág. 53.

de la propia Buenos Aires, necrópolis y ciudad de los césares¹³. Trapalanda es también la burocracia y la administración, el poder del Estado y el mundo ficticio de la inflación y de los empréstitos¹⁴.

Sobre la base de esta imagen reiterada, verdadero *leitmotiv* de la obra, Martínez Estrada desarrolla su idea de la Argentina -y del continente en general- como tierra de expectativas enfermizas que luego habrían de verse frustradas en todos los órdenes, porque en lugar de Trapalanda el hombre encontró aquí la agotadora desilusión del desierto en el que no tendría más remedio que sembrar, cultivar, irrigar¹⁵, es decir, trabajar. En su aspecto literario y folklórico, Trapalanda es una utopía de muchos nombres y de muy diversos lugares, reino de Jauja, país de Cucaña que aparece en la tradición de varios países europeos, nuestra Ciudad de los Césares, Eldorado, las Siete Ciudades de Cibola que se imaginaron en el sudoeste del actual territorio de los Estados Unidos, Insula Barataria, y, en definitiva, reino de la facilidad.

Otro elemento a tener en cuenta en la *Radiografía* es su modo narrativo, especialmente en el primer tercio del libro, donde el Conquistador desempeña el papel de personaje, navegante o aventurero, representante de una "plebe fragmentada", malogrado inventor de una falso señoría¹⁶, lujurioso y avaro, sin voluntad ni temple para el arraigo, víctima del frenesí sexual, del alcoholismo y en general de las fuerzas primitivas. Aunque tal semilla generará otros tipos o subtipos humanos que el autor describe, en el conjunto de la obra el que ocupa mayor espacio narrativo es sin duda el conquistador. A éste se sobrepone, también como entidad cargada de reminiscencias literarias y de notorios elementos estéticos, el paisaje, el desierto, la

13 *Idem*, cf. pág. 199.

14 *Idem*, cf. págs. 265, 283, etc.

15 Véase sobre este aspecto Peter G. Earle, cit. en N. 7.

16 *Radiografía*, cf. págs. 15-22.

pampa, en definitiva la tierra, que hace el papel de verdadero protagonista. Desde este punto de vista, la *Radiografía* ofrece su propia contribución a la literatura telúrica del continente y, más en concreto, a ese aspecto dentro de nuestras letras. No es azaroso que entre los escasos maestros y simpatías declaradas del autor, figuren Sarmiento - especialmente el Sarmiento de *Facundo* y de *Recuerdos de provincia* - y naturalmente el poema de Hernández.

Como en *La vorágine*, de José Eustasio Rivera, como en *Doña Bárbara*, de Rómulo Gallegos y tantas otras, el protagonista de fondo es la tierra misma, que determina y aniquila. En este aspecto, Martínez Estrada participa de una de las inquietudes comunes al ensayo y a la narrativa de ficción en Hispanoamérica. En las descripciones de la pampa, en el moroso análisis de su extensión y soledad, en la "telúrica virginidad detenida antes de la Edad de Hierro"¹⁷, en sus referencias a la Puna de Atacama, a la montaña y al hielo, en las sombras hipnóticas y en los misteriosos animales de la noche en la llanura, el verbo narrativo-descriptivo de Martínez Estrada es por momentos - muchos momentos - la misma voz de la poesía que eleva la naturaleza a la dignidad de la metáfora, sin dejar de atribuirle por ello su carácter devastador.

En relación con esta tierra y con el hombre que la puebla, la viaja y la asuela, el autor se detiene con sin igual destreza en algunos de sus elementos representativos.

Más allá de sus disquisiciones sobre naturaleza y civilización, sobre pasado y futuro, sobre las costumbres de indios mestizos y criollos, Martínez Estrada se siente atraído también por el culto al coraje que fascina a Borges, aunque se cuida de indicar que él no comparte la exaltación de su imagen literaria porque nunca fue un tema poético sino la manifestación de un "ejemplar etnográfico"¹⁸. Sus consideraciones acerca del cuchillo (otro tópico que en Borges alcanza dimensión literaria) se sitúan en el mismo marco. Recordemos sólo de paso algunas de sus líneas:

17 *Idem*, pág. 73.

18 *Idem*, pág. 45.

"El cuchillo, como la mandíbula de la fiera, dice de la soledad.

...El cuchillo va escondido porque no forma parte del atavío y sí del cuerpo mismo; participa del hombre más que de su indumentaria y hasta de su carácter más bien que de su posición social..."

...Es un adorno íntimo, que va entre las carnes y la ropa interior; algo que pertenece al fuero privado, al secreto de la persona y que sólo se exhibe en los momentos supremos...

El conocimiento de su 'arte cisorio' es fatal, como el de hacer un buen verso..."¹⁹.

De manera similar, algunas de las descripciones del caballo como parte de nuestro modo de vida, merecen destacarse entre las páginas más bellamente escritas de la *Radiografía*.

"En mármol o en bronce, el caballo es algo que nos pertenece, cuyo destino comprendemos más allá de lo hípico en una simpatía fraternal", dice Martínez Estrada, y añade: "Para nosotros no es jamás el caballo el soporte decorativo del hombre; a los hombres de la llanura nos evoca un trozo de paisaje, de vida y de destino "... y" nada de lo que concierne al caballo nos es extraño"²⁰. Por ello, en los monumentos, no sólo en la Argentina sino en todo el continente, el héroe a caballo adquiere "su cabal sentido histórico y humano".

Una de las características de estilo en el prolongado discurso de la *Radiografía* es la repetición, que obedece en todo escritor al deseo consciente o a la necesidad subconsciente de dar énfasis a sus propias obsesiones. Es como la insistencia de un maestro en los puntos centrales de su "programa"; representa una mezcla de tono profesoral, voluntad didáctica y acaso de alarde estético, siempre y cuando el que la utiliza no reitere el lugar común, es decir, siempre y cuando la repetición cumpla un papel progresivamente esclarecedor o ampliador de matices significativos

19 Idem, cf. págs. 48-450.

20 Idem, cf. págs. 234-235.

que la justifiquen.

Siempre habrá de recordarse - y no como mero paréntesis - en este sentido de cualificación estética de la repetición el uso que hace de ella Eduardo Mallea, tanto en sus novelas como en sus ensayos, desde la *Historia de una pasión argentina* hasta *Todo verdor perecerá*, desde *El sayal y la púrpura* hasta *Los enemigos del alma*. Sin alcanzar semejante nivel estético en este aspecto específico, la repetición en la *Radiografía de la pampa* alterna el papel didáctico con el papel estético. En el primer caso, se trata de la repetición de las ideas motoras - Trapalanda, la negación escéptica de todas y cada una de nuestras instituciones, de nuestra historia, de la conformación y sentido de nuestras ciudades, de los valores, de los medios de comunicación como factor de progreso y muchas otras - o de simples redundancias que sería posible enumerar de permitirlo el espacio. Por otra parte, la relativa desvalorización estilística que esporádicamente algunos de estos usos pueden llegar a implicar, se encuentra en la *Radiografía* generosamente compensada por los diversos abordajes temáticos, por los matices y perspectivas diferentes de un mismo problema, por el ingrediente lírico de alto vuelo, por la audacia de ciertas hipérbolas y por la propia paradoja, frecuente y a menudo desalentadora, que acota muchas de sus repeticiones.

El Martínez Estrada cuentista, el Martínez Estrada poeta e incluso el dramaturgo conviven en la *Radiografía*. Más allá de las cualidades formales que ésta ostenta en tanto ensayo, más allá también de las enconadas disidencias que ha provocado y provoca inevitablemente su lectura, la obra tiene algo de novela y no poco de autobiografía. En este último aspecto, constituye el itinerario de una búsqueda agónica, de la identificación entre un pensador torturado y un país al que ama entrañablemente, pero cuyos vacíos le duelen hasta la exasperación y lo conducen no sólo al análisis sino también a la vivisección.

Como obra literaria, la *Radiografía* comparte las inquietudes de la novela de la tierra y de la historia, tan atadas a nuestro continente y a nuestro país. Y si el protagonista es la tierra, con toda su belleza, su extensión y sus males, el antagonista es el hombre. Un antagonista aventure-

ro, de ambiciones pedestres, que al chocar con la realidad, se ha degradado aun más, sin saber cómo dominarla ni ponerla al servicio de ideales, de los que por lo demás carecía... Este antagonista degradado, sobre cuyas limitaciones, vicios y defectos el escritor abunda sin contemplaciones, no es un héroe, sino que asume las formas del compadre, del guapo, del guarango. Es una suerte de pícaro, de negador de valores, que viene a poseer y no a amar, obsesionado por el ansia de propiedad a toda costa, cuando no por el simple imperio de la supervivencia; un ser que se vale de cualquier medio para lograr sus fines. En una palabra, es el antihéroe.

Aunque todo lo discute y casi todo lo niega, Martínez Estrada tiene sus mentores literarios y en la *Radiografía* no deja de mencionar, al menos, a los más obvios, y entre ellos principalmente a Sarmiento y a Hernández²¹. No es necesario detenernos aquí en la poderosa influencia que ejerce el primero de ellos en el autor de la *Radiografía*, influencia por otra parte declarada por el propio autor y señalada por la crítica²². Es innegable que Martínez Estrada participa del mismo verbo y de similar tono admonitorio y profético. Las huellas del *Facundo*, de *Recuerdos de provincia* y de *Conflicto y armonía de las razas en América* se encuentran por doquier, a tal punto que podría afirmarse que la sombra de Sarmiento domina el libro desde el principio al fin, al margen, por supuesto, de ciertos desacuerdos con el autor del *Facundo* que Martínez Estrada no deja de manifestar. Del *Martín Fierro*, con un tono afirmativo infrecuente en él, dice sencilla y rotundamente que es "nuestro mejor poema" y deja, además, como testimonio de su compenetración con la obra de Hernández, el importante testimonio de la *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*.

Otros nombres aparecen mencionados en la *Radiografía*, como J. M. Gutiérrez, Lugones, Banchs y, por cierto,

21 Véase por ejemplo el elogio de Sarmiento y de Hernández en *Radiografía*, pág. 186.

22 El tema ya es lugar común. Véase, por ej., el capítulo "Sarmiento" en Peter G. Earle, cit. en n. 7., págs. 36-65.

el "hermano Quiroga". Tampoco le es ajena ni indiferente la obra de Roberto J. Payró y, precisamente las *Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira*, a la que otorga, de paso, pero certeramente, un valor pedagógico. Entre estos últimos, de todos modos, sobresale su admiración por Lugones, cuya figura coloca en el mismo pedestal que la de Darío. Pero no hay dudas de que otros ecos, algunos no mencionados expresamente, se hacen sentir en esta obra, desde Nietzsche hasta Schopenhauer, desde Balzac -a quien también dedica una extensa obra-hasta Freud.

Martínez Estrada ha bebido en los tensos, los atormentados, los suicidas y ha mamado, además, pacientemente, en muy diversas y numerosas otras fuentes. Así lo muestra la *Radiografía de la pampa* y sus demás obras y así también se advierte en la importante cantidad de fichas y papeles sobre los temas y los autores más variados que se encuentran en la que fuera su casa y es ahora la Fundación que lleva su nombre en Bahía Blanca.

En una perspectiva más amplia de la literatura ensayística escrita en español, las amargas reflexiones martínez estradianas acerca de la Argentina hacen recordar voces igualmente hipercríticas de sus propios países, como las de los españoles Mariano José de Larra y Miguel de Unamuno o la del mejicano Samuel Ramos. El tan unamuniano "me duele España" podría trastrocarse fácilmente en un estradiano "me duele la Argentina", espíritu similar al de los agudos artículos de Fígaro, incisivos, cortantes y por momentos demoledores. Tampoco parece forzado traer a colación el *perfil mejicano* de Samuel Ramos, cuya obra aparece publicada apenas al año siguiente de la *Radiografía*²³.

En cuanto a sus congéneres más inmediatos, la *Radiografía de la pampa* hace pensar inevitablemente, por lo menos, en Eduardo Mallea o en Jorge Luis Borges o acaso en Manuel Gálvez. Al enunciarlo, no nos referimos a parentescos ni simpatías de ninguna especie, sino a la seriedad y a la dignidad literaria que asume el género ensayístico.

23 Nos referimos obviamente a El perfil del hombre y de la cultura en México, México, Espasa Calpe, 1951.

He allí, a apenas cuatro años de distancia de la *Radiografía de la pampa*, la *Historia de una pasión argentina*, que sin duda tañe una cuerda diferente de la de Martínez Estrada, pero cuya preocupación por desentrañar el sentido de la Argentina está igualmente expresada con alto celo. En el caso de Borges -caso aparte, siempre...-sus *Inquisiciones*, de 1925, y muchas de sus "otras inquisiciones" corren a su vez por diferentes derroteros, en los que la metafísica, la discusión nominalista y el archivo crítico de la literatura mundial adquieren una muy peculiar ciudadanía argentina. Y sin pretender agotar, ni mucho menos, las posibilidades de un catálogo de obras de la misma década, no puede dejar de mencionarse *Hombres en soledad*, la mejor novela de Manuel Gálvez, en la que el ensayismo narrativo presenta personajes e ideas que también procuran en alto grado y con diversa suerte una comprensión de la Argentina.

En resumidas cuentas, los elementos estético-literarios presentes en la *Radiografía de la pampa* otorgan a esta obra suficiente entidad para su revalorización objetiva en el panorama de las letras argentinas de este siglo. Por su contenido altamente polémico y en todo caso genuinamente difícil de aceptar en su conjunto, sus críticos no muy numerosos -es decir, sus esporádicos detractores y sus aun más escasos ensalzadores- han reparado con visible insistencia en los motivos de acuerdo o desacuerdo con determinados postulados de la obra. Ello, en un país como el nuestro, preocupado y obsesionado con la fijación de una identidad nacional que a todos compete y compromete, parece inevitable. A nosotros nos parece no sólo conveniente sino necesario recalar meditada y serenamente en los genuinos valores literarios de la obra, acaso para conjurar de alguna manera el propio tono negativo del mismo Ezequiel Martínez Estrada.

Universidad Nacional del Sur